



CAPÍTULO II.

PROSIGUE EL PRIMER AÑO DE NOVICIADO.

- I. Su madre enferma.—Juan le escribe una tierna carta.—Muerte de Isabel.
- II. Nuevos apuros para el novicio.—Su intrepidez á las razones de su padre.—Su padre resuelve ser eclesiástico.—Estima que hace el novicio de la vocación.—Contrato espiritual.
- III. El *portero* del noviciado.—Querella entre dos novicios.—Se hace Juan cargo de las penitencias de otros.—Su firmeza con un novicio melindroso.—Es aclamado ejemplar.

I

LEVADO el santo novicio á velas desplegadas por el ímpetu de la divina corriente, iba adelante en el cumplimiento de aquel propósito de perfección que dijimos, cuando hubo de tropezar en un escollo que puso á prueba su virtud. Notificanle que un accidente tiene prostrada á su madre en la cama, la enfermedad va por momentos agravándose, y ha entrado ya en una crisis que bien pudiera acabar con su vida. Herido Berchmans de golpe tan penoso, no se congoja ni se deja abatir. Miraba la vida presente como cautiverio forzado, y la muerte como preludio de la vida. Con aquel discernimiento que tenía del es-

píritu de la enferma, toma la pluma y en lenguaje muy cortado á su paladar, le escribe una carta, perfecta pintura de entrambos, en que le pone á la vista no tumbas abiertas ni abismos sombríos, sino coronas y regalos que la convidan á dejar aprisa la estrechez de este destierro. Es un canto de gloria, en que la voz del serafín realza la ternura filial con los suspiros de la santidad. ¡Oh! ¡cuán sin velos descubre aquí el hijo de Diest en la viveza de sus sentimientos la sólida virtud de la madre!

Decía la carta:

Madre en el Señor muy querida:

La paz de Jesucristo sea con vos y reine en todos nosotros. Rebosa mi alma de contento considerando los singulares bienes que la bondad infinita de Dios ¡bendita mil veces sea! ha derramado hasta el día de hoy sobre toda nuestra familia. Hace unos meses me llamó á mí, á pesar de mi indignidad, á la Compañía terrena de Jesús, su Hijo único; y ya á estas horas á vos, queridísima madre mía, os brinda con las bodas eternas. Siete años han pasado por vos de padecimientos; en ellos habéis probado con Jesucristo la amargura de la Pasión. Vedle ahora junto á vuestra cama cómo tendiendo los brazos hácia vos en ademán de estrecharos contra su pecho, os dice con voz regalada: ven, alma fiel, esposa mía muy querida; hasta hoy has estado enclavada conmigo en la cruz, muy en breve tendrás parte en la eternidad de mis goces.

Contemplad en torno vuestro á la Santísima Madre de Dios, á Santa Isabel, al santo Angel de la Guarda, y exclamad conmigo: ¡Oh Jesús mío y Señor mío! veis aquí á vuestra esclava, en

compañía de la Reina del cielo, vuestra Santísima Madre María, totalmente rendida á cuanto fuere de vuestro agrado. ¡Oh Jesús hijo de David! tened misericordia de mí. ¡Oh María! volved esos divinos ojos á mis hijitos, que á costa de tantos afanes crié en el temor de Dios. Tomadlos, Señora, por hijos vuestros. Dignaos ser su madre. Ruégoos también con toda mi alma, ¡oh María!, que á mí, á mi hermana y á todos mis hermanos nos recibáis bajo vuestra protección y amparo.

Ea, madre querida, cobrad buen ánimo, pelead generosamente, poned los ojos en la corona que os espera. Yo confío que no os perderemos, y que si nos dejáis, no será sino para asistirnos desde el cielo con otro cuidado y amor. Suplicoos con todo mi afecto, no me neguéis vuestra bendición.

Aquí quedamos todos rogando por vos. El Señor os dé lo que más convenga. Tengo por cierto que no me echaréis en olvido. Adiós. Pelead valerosamente, ¡oh buentísima madre mía!

Vuestro amado y obediente hijo en Jesucristo,

JUAN BERCHMANS.

Fué esta carta como el último adiós y el primer rayo del cielo que penetró en el alma de la moribunda. Oyó Isabel con lágrimas en los ojos la voz de su angel. ¡Cuánto hubiera gozado de tenerle, como en otro tiempo, junto á la cabecera! Sintióse consolada en espíritu y con nuevas fuerzas para la postrera lucha. El navichuelo combatido de ondas encrespadas daba fondo con este colmo de merecimientos en las playas de la eternidad. Re-

cibidos los últimos Sacramentos voló su alma, á primeros de Diciembre de 1616, á recibir la corona de sus trabajos. ¹.

II

ESTA muerte consternó el ánimo del atribulado marido. ¡Quién le hubiera dicho al novicio que aun teniendo los pies en la religión, le habían de poner nuevos tropiezos y en ocasiones de virtud más que fuertes! Pocos días después, turbado por las consecuencias de la desgracia, llamó á la portería del noviciado el padre del Hermano Juan con el alma traspasada de pena. Ello es que si había otorgado á su hijo consentimiento para vestir la sotana, no había perdido del todo las esperanzas de ver quebrantada su firmeza. Con la ternura que le inspiró el desconsuelo, procuró representarle la conveniencia de dejar la Compañía y proseguir en la universidad de Lovaina los comenzados estudios.

La constancia y tesón del novicio fué más firme ahora que nunca. La entereza de sus respuestas, suavizadas por la piedad filial, pudo convencer al afligido padre que sin provecho porfiaba en ablandar un diamante. Pero la fuerza del sentimiento le traía vendados los ojos, y no le dejaba ver lo que hacía cuando insistía diciendo: Créeme, hijo mío, por este medio podrías granjearte buen nombre, y poner en pie la casa y dar carrera á tus hermanos.—No, no, padre—respondía el man-

¹ *Elisabeth, uxor Joan. Berchmans junioris, obiit I Decembris 1616.* (Partida auténtica de Diest.)

cebo con gran libertad como quien veía claramente la verdad de su parte;—no es ahora tiempo de concertar imposibles. Si tanto os tienta la codicia, ¿por qué no volvéis los ojos á las riquezas del cielo? Si ansiáis ver adelantada la familia, vaya el servicio de Dios por delante, y lo demás darálo con larga mano el Señor, que poco le cuesta ¹.

Palabra fué esta que como centella penetró, ardió y conmovió profundamente el espíritu del buen artesano. No contento con este primer ensayo el celo de nuestro novicio, dando curso á la avenida de conceptos elevados que le eran familiares, comenzó á derramar luz y calor con tanta profusión en el ánimo de su padre, que trocado mudó de rumbo, cesó de combatirle, rindióse, inclinóse á la voluntad de Dios enteramente, y después de dar los primeros días de la viudez al sentimiento del duelo, confiando á la tutela de los parientes la orfandad de sus tres hijos, se retiró por algunos días en el colegio de Lovaina, á hacer los Ejercicios espirituales y á templar el dolor con la meditación y silencio.

En medio de la soledad le resonaban las razones de su hijo sin cesar en los oídos. Dábale ya en rostro su importuna porfía, acriminaba como delito su loca pretensión. Vió claramente después la caducidad de los bienes terrenos, y los yerros, engaños y peligros del mundo. En fin, la voluntad de Dios se le manifestó sin rebozo, y con tal poderío se arraigó y reinó en su alma, que á no detenerle las obligaciones de padre, hubiera solicitado la gracia de ser con su hijo Hermano de la

¹ *Eja pater, quin et tu animum potius ad aeternas divitias adjicias, quas pro exiguo labore Deus cumulatissime rependet.—Pater his motus non jam a societate eum avellere, sed in ea ipse vitam agere optabat.* (Proc. rom., pág. 363.)

Compañía. Ya que esto no podía ser, resolvió consagrarse al servicio de la Iglesia, aplicándose con ahínco á los estudios que le habilitasen para ascender al sacerdocio. ¡Tales triunfos como este alcanzó el amor que San Juan Berchmans tenía á la vocación!

Al paso que apuraba con reposado estudio el espíritu que señorea las Constituciones de la Compañía, crecía en su estima y amor; y tanto con más entrañable afecto suspiraba por poseerle, cuanto las lenguas de la ignorancia y malicia le hacían con más encono terrero de mordaces calumnias. Esta Orden se le presentaba á los ojos muy grandiosa, y descubriendo él en sí insuficiencia de caudal con que corresponder á su fin, andaba receloso de perder un tan singular beneficio. —*Pobre de mí*, decía á menudo, *el día que afloje tantico en el fervor primero que nuestro Señor me dió, pongo en riesgo mi vocación*¹. Por esta causa, ora escribiese cartas, ó recibiese visitas, ó conversase con sus Hermanos, terminaba siempre encomendando su perseverancia á las oraciones de todos.—*Mandad decir algunas misas*, repetía á su padre cuando le visitaba, *en la Virgen de Monteagudo, para pedirle la perseverancia y perfecta santificación en la Compañía*².

Célebre es el contrato que estipuló con dos connovicios, José Van Suerck y Juan Vander Uloet, compañeros de sus devociones. Hicieron concierto los tres de pedir á Dios unos por otros en la misa diaria estas tres gracias: pureza angélica, perseverancia en la Compañía, y aptitud para los ministerios. A este intento ofrecían la primera co-

1 Proc. rom., pág. 355.

2 Ibid., pág. 353.

munió de cada mes. El que de ellos acabase primero la vida, tenía obligación de impetrar á los otros dos la triple gracia: éstos en retorno quedaban con el gravamen de ofrecer por el difunto doce misas, ó doce coronas caso de no ser todavía sacerdotes. Con estas industrias llevaba Juan adelante el propósito de salir aprovechado novicio.

III

NTES de terminar el primer año de noviciado el Padre Sucquet, rector todavía y maestro de novicios, le nombró para un cargo, que en las casas, mayormente numerosas como esta, pide señaladas prendas. Llamaban allí *portero* al novicio encargado de tener consigo la llave de la puerta que ponía en comunicación el colegio con el noviciado. A dicho empleo allegábase parte del oficio que en España llamamos de distributario, á quien incumbe celar la disciplina exterior de los novicios, dar la señal de empezar y terminar las ocupaciones, advertir y adiestrar á los jóvenes en la práctica de las pruebas. Se le puso en la imaginación al humilde *portero* que le habían echado á cuestras tal carga porque era el más imperfecto de todos y más necesitado de prueba, pero lo que me consuela es, añadía, ser este oficio más ocasionado que otro á mortificaciones de gran provecho para el que le tiene.

No juzgaban así los novicios; en la confianza que el P. Maestro mostraba de su virtud, vieron la confirmación del alto concepto que á ellos les merecía. Sabían muy bien que, aunque parezca este cargo de poca monta, está rodeado, si con

perfección se cumple, de graves y escabrosas dificultades. Porque ¿quién tendrá por fácil tarea la de hermanar, contentar y dirigir más con el ejemplo que con las palabras á un centenar de jóvenes que vienen del siglo, cada cual con sus maneras, educación y siniestros? ¿Qué de sacrificios, qué de prudencia, qué de caridad no es menester para no lastimar la melindrosa delicadeza de unos y sobrellevar la melancolía y rudeza de otros? El Hermano Juan, con cordura muy superior á los años, con fortaleza y suavidad, desempeñó cumplidamente las esperanzas del superior que había puesto los ojos en él ¹.

Dos novicios principiantes se trabaron de razones junto á la alcoba de nuestro Hermano *portero*. Por él no quedaba cosa por hacer en orden á desvanecer la causa de la querrela, y procuraba ponerlos en paz. Pero lo que acontece cuando se callientan las bocas, los consejos y razones de los más avisados van á morir perdiéndose en el fuego de la contienda. Viendo nuestro Hermano Juan que la desavenencia entraba ya en los términos de altercado y que los llevaba de no parar hasta rencilla, puesto á toda costa en apaciguar los ánimos, socorrióse de la humildad y se derribó á los pies de los contumaces, y allí de rodillas clamaba con dolorido acento: Si he faltado á mis hermanos, pido perdón de mi falta, y échenme penitencia; pero por caridad les suplico cese ya la desazón, no se hable más en ello; que no dicen bien esos puntillos entre hijos de la Compañía.—La vista de aquel espectáculo hizo lo que no acabaran razones. El enojo de los dos novicios abatió los humos; corriéronse de ver que pedía perdón el que no había

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

pecado; no pudiendo atajar las lágrimas, las mezclaron con las suyas, y llenos de confusión y pena se abrazaron mutuamente en señal de reconciliación.—Y pues estamos en paz, concluyó Berchmans, por mi cuenta corre desagraviar á Nuestro Señor: ofreceré sin falta esta noche una buena disciplina.—No quedaron poco avergonzados los dos culpables de esta fina caridad; y de creer es que no le irían en zaga en satisfacer de lleno por el ocasionado disgusto. Así venía á ser el santo Hermano iris de paz en todos los desabrimientos.

No fué esta por cierto la sola falta ajena que resarcíó voluntariamente en su propia persona. Cuando el P. Maestro le encargaba impusiera en su nombre alguna penitencia para probar ó corregir á un novicio, lo primero que hacía el Hermano Juan era echársele á los pies y demandar licencia para tomar por su mano la satisfacción de aquella deuda por otro contraída. Si salía bien con su pretensión, Dios y el P. Maestro eran los únicos testigos de su caridad. Si el P. Maestro negaba oídos á sus deseos, el caritativo *portero* se mostraba finísimo más que mil panales de miel para azucarar lo más posible la pildora. No por eso era su espíritu amigo de suavidades y condescendencias con la regla, antes robusto y fuerte y en extremo inexorable, pero con los delincuentes se le deshacían en amor las entrañas; daba cuartel á los transgresores, pero perseguía hasta las últimas trincheras las faltas que fuesen públicas. Cuando era menester para remediarlas la autoridad misma del P. Maestro, no vacilaba un punto en ponerlo acaecido en su conocimiento; pero para el acierto, antes de dar parte, consultaba el asunto con Nuestro Señor en la capilla; porque siempre temió

acarrear disgustos por ceder á resentimientos de amor propio, ó por seguir la apariencia de falsas aprensiones ¹.

Llamó un día á un Hermano para enviarle á la cocina, que es una de las pruebas del noviciado. El novicio pareció al principio melindrear y hacerse del delicado, y no se lo ocultó al Hermano *portero*. Este con grande afabilidad le animaba á vencer la repugnancia, ponderándole la gloria de la obediencia; pero el remilgado novicio, con más descomedimiento que malicia, le dijo en resolución, mandase á otro, que él no se sentía con fuerzas para ir al fregadero. A estas palabras, el santo Hermano, con semblante grave y mesurado, respondió: Qué significan estas niñerías? ¿melindres á la obediencia? pues yo le forzaré á obedecer al momento. — *Y saliendo de la sala* (dice el Hermano Grysio á quien debemos esta relación), *se encamina á la capilla, según la maña ordinaria que usaba, de alcanzar con la oración lo que no podía con razones; pero el novicio, estimulado del remordimiento, sin darle lugar ni tiempo de entrar en ella le atajó y detuvo, prometiendo que cumpliría luego la orden, como en efecto la cumplió* ².

El joven que en un natural inclinado á todo ejercicio virtuoso junta con el celo de la observancia regular industrias y artificios, con que excusar á los demás toda sombra de disgusto, no puede en una comunidad dejar de ser para todos varilla de virtud, como dicen, regalo de iguales, descanso de mayores, contento y delicia de toda la casa.

Tan honda fué la impresión que dejó en los áni-

¹ Proc. de Amb., pág. 192.

² Ibid., pág. 212.

mos de los novicios la memoria del santo *portero*, que cuando acontecía alabar á uno por el exacto desempeño de este oficio, era común dicho en el noviciado de Malinas: este es otro Hermano Berchmans ¹.

¹ Proc. de Amb., pág. 281.

